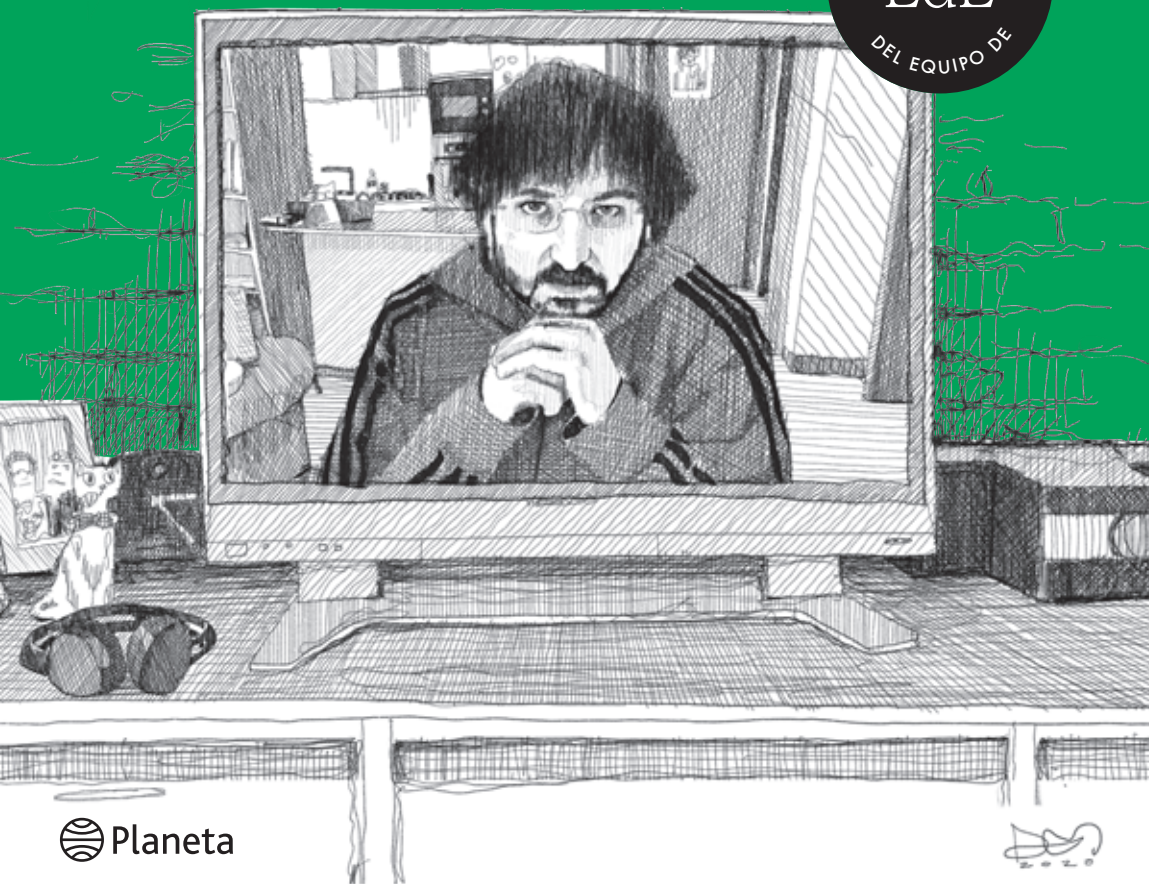


JORDI ÉVOLE

Confinados

Historias de una pandemia
que paralizó el mundo



JORDI ÉVOLE
Y SILVIA MERINO

CONFINADOS

*Historias de una pandemia que paralizó
al mundo*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Producciones del Barrio, S. L., 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2020
Depósito legal: B. 12.184-2020
ISBN: 978-84-08-23244-5
Preimpresión: Realización Planeta
Impresión: Unigraf
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

1. Cómo empezó todo	11
2. Afirmar la vida frente a la muerte	41
3. No somos héroes	69
4. Cómo conseguir un Skype con el papa	93
5. Lágrimas en el camión	119
6. Pepe Mujica. El filósofo de la chacra	147
7. Ricardo Darín y una anciana de noventa y cinco años	173
8. Joaquín Sabina. Nos sobran los motivos	201
9. Rosalía, Bayona y la necesidad del arte	223
10. Pero ¿no íbamos a salir mejores?	247
<i>Apéndice para los muy fans de Lo de Évole</i>	277
<i>Agradecimientos</i>	285

1

Cómo empezó todo

Yo sufro mucho por los miedos anticipativos.
Catástrofes [...] de orden familiar, personal, colectivo,
que no pasan. Y, sin embargo, entre todos esos
miedos anticipativos, jamás pasó por mi cabeza
la idea de una pandemia.

JUAN JOSÉ MILLÁS

—¡Jordi, lo has hecho todo mal!

—¿Perdone?

—Que lo has hecho todo mal.

La conversación transcurre a la puerta de una panadería durante los primeros días del confinamiento. Iba con prisa porque llegaba tarde a una videorreunión con el equipo y, además, aún no me había leído el cuestionario para una de las tres o cuatro entrevistas que tenía programadas aquel día. Regresaba de recoger un medicamento en la farmacia del Hospital Clínic y antes de entrar en casa paré a comprar el pan. Con las barras bajo el brazo, una señora que me había estado observando desde la calle se dirigió a mí:

—Todo lo que has hecho comprando, lo has hecho mal. Primero, no llevas mascarilla...

—Hombre, señora. Las autoridades dicen que no es obligatoria.

—Pues lo será. Debes llevarla porque es recomendable. Segundo, no llevas guantes...

—Tampoco son obligatorios.

—Ya, pero sin darte cuenta has puesto la mano en el mostrador. ¿Verdad que no te has dado cuenta?

—No.

—Y luego te has tocado la cara. ¿A que tampoco te has dado cuenta?

—No —confesé ya con cierto rubor ante la regañina de aquella señora a la que no conocía de nada.

Y en ese preciso instante, la mujer cambió la expresión y rompió a llorar.

—Mira, Jordi, trabajo en un hospital. Y esto está siendo muy muy muy duro... Los que lo estamos viviendo en primera línea lo sabemos. Por favor, cuando llegues a casa cámbiate toda la ropa, ponla en la lavadora, coloca un trapo con lejía en la entrada, límpiarte los zapatos, desinfecta todo lo que hayas comprado y que vayas a meter en casa...

Hay instantes que se convierten en un punto de inflexión. Aquel discurso entre lágrimas de la señora de la panadería lo fue. Solo hacía una semana que se había decretado el estado de alarma. No había salido de casa desde el viernes 13 de marzo. Y, precisamente, esa primera salida fue a un hospital. Antes de desplazarme, consulté con mi médico: «No tengo mascarilla». En aquel momento tampoco era tan fácil conseguirlas. Pero él mismo me tranquilizó. «No habrá problema, vas a ir a una zona que no es la de urgencias, habrá muy poca gente, cogerás el medicamento y te volverás a casa.»

Volviendo del Hospital Clínic, a través de las calles de una Barcelona vaciada, desconocida y extraña, tenía la sensación de estar en mitad de un sueño. O de una pesadilla.

O en mitad de un escenario propio de una película de ciencia ficción. ¿Quién se podría haber imaginado solo unas semanas antes que todo esto ocurriría? A excepción de la crisis del ébola, nunca en las últimas décadas nos habían preocupado excesivamente las pandemias. Nunca mi generación ni la generación de mis padres habían vivido un confinamiento total ni una emergencia sanitaria de tal calibre.

Quizás solo lo supo ver el guionista de la película *Contagio* (2011), Scott

Z. Burns, al que todo el mundo preguntó aquellos días cómo había sido tan profético y tan preciso: «Y la respuesta es muy simple: cuando le propuse la película a Steven Soderbergh, le dije que solo quería embarcarme en el proyecto si iba a estar basado en la ciencia y en datos concretos, porque yo tenía cierta conciencia de que estábamos viviendo en la era de las pandemias. Así fue como me puse en contacto con Ian Lipkin, el mejor virólogo de Estados Unidos. Y él me dijo lo mismo, que solo me ayudaría si la película iba a estar basada en la ciencia, y no si era una fantasía conspirativa sobre un virus que surge de un laboratorio o de una torre de telefonía móvil. Si me preguntas si sabía que todo esto iba a ocurrir diez años después, la respuesta es no. Pero todos los expertos con los que hablé me dijeron que no era una cuestión de si podía ocurrir, sino de cuándo» (*La Vanguardia*, 23 de abril de 2020).

Volviendo del Hospital Clínic, a través de las calles de una Barcelona vaciada, desconocida y extraña, tenía la sensación de estar en mitad de un sueño. O de una pesadilla.

Exceptuando al guionista de *Contagio* y algunos científicos más, casi nadie había previsto esta crisis que abrirá una nueva era. Si el atentado de las torres gemelas de Nueva York en 2001 marcó el inicio del siglo XXI con la primera gran oleada mundial de miedo y un mayor despliegue del control sobre los ciudadanos por parte de los Gobiernos del mundo, la pandemia del coronavirus acentuará ese miedo y ampliará el dominio autoritario de los Estados, además de otras consecuencias sociales, económicas, sanitarias y culturales que todavía no podemos prever.

Esta y otras cuestiones similares fueron surgiendo en los programas especiales de *Lo de Évole* que improvisamos a partir de la proclamación del estado de alarma y del confinamiento obligatorio. Lo que en un principio iba a ser un único programa sobre la crisis del coronavirus, acabó convirtiéndose en seis especiales que emitimos en La Sexta del domingo 22 de marzo al 26 de abril de 2020. Un espacio transversal en el que se dio voz tanto a una camionera como al papa de Roma, tanto a Rosa María Sardà como a René Residente, tanto a la señora de la limpieza de un ambulatorio de Badajoz como a Rosalía, tanto a un expresidente de Uruguay como a una enferma de coronavirus recién salida de la UCI, tanto a un cura como a Sabina... Creo que estas conversaciones nos ayudaron a digerir la angustia que todos sufríamos. Así lo vivimos al menos los del equipo que lo hizo posible. Su aparición dominical era como un punto y seguido, una terapia de grupo para la noche que ponía el punto final a aquellas semanas duras en las que el martes se confundía con el sábado y nada distinguía al lunes del viernes.

Por qué no lo vimos venir

Pero ¿cómo habíamos llegado hasta ahí? ¿Cómo había sido posible esta situación? ¿Qué había fallado? Tuve la oportunidad de preguntarle a Luis Enjuanes, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que ya alertó de que un coronavirus proveniente de un murciélago podía provocar una epidemia.

—Luis, he alucinado con que lo anunciases públicamente en una conferencia en 2015 y que no hayamos hecho mucho en estos cinco años.

—La verdad es que para nosotros era obvio que pasaría, porque en 2002 apareció el SARS1, mortal para el hombre; en 2012, el MERS, mortal para el hombre, y ahora, el SARS2, mortal para el hombre. Pero me gustaría dejar bien claro que, en virología, la experiencia demuestra que, conforme va transmitiéndose un virus, este se atenúa, porque, si es virulento, te pone muy malito, te mete en el hospital y desapareces de la circulación. Sin embargo, si es un virus más atenuado, hasta el punto de que casi no tienes síntomas clínicos, continuas diseminando el virus al ir a trabajar o a tomar café. Por esto se imponen los más suaves. Es decir, yo creo que el virus que circule dentro de tres meses será mucho más benigno que el que está circulando ahora. Y, además, está la teoría de la vacunación de masas. Para prevenir que un virus se difunda no es imprescindible que el cien por cien de la población esté vacunada. Conforme el número de españoles que se infectan vaya aumentando, el virus va a encontrarse con una persona que ya está inmunizada y entonces ese es un virus perdido. Por eso, el número de espa-

ñoles que los virus van infectando con éxito cada vez va a ser más reducido. No es la primera epidemia que hemos tenido y todas se han solucionado. Esta está siendo muy dura, pero también se va a solucionar.

—¿Te escandalizaba la relajación que hubo en España durante los meses de febrero y principios de marzo?

—Yo estaba en una comisión de Sanidad de la Comunidad Autónoma de Madrid y ya había reuniones periódicas de médicos expertos en epidemiología, y allí la información se tenía, pero no se conocía este virus. *A posteriori* es muy fácil saberlo todo, pero en ese momento no se tenía conciencia de la peor propiedad que tiene este virus, que es infectar asintóticamente a la gente, o sea, una persona asintomática infectada puede producir la misma cantidad de virus que una persona enferma con síntomas, pero eso antes no lo sabíamos. Lo sabemos ahora. A los que juzgan y critican que cómo no se actuó antes les digo que es que no se tenía conciencia de la magnitud.

Era la gran pregunta del momento. ¿Por qué aquella falta de previsión? La filósofa Adela Cortina apuntaba en otra dirección:

—Lo que más me ha sorprendido es la falta de preparación que tenemos para hacer frente a las catástrofes, cuando sabemos que van a venir, antes o después. No estamos preparados a ninguno de los niveles: ni político ni económico ni social, y no tenemos la respuesta que esperábamos.

Planteamos la misma cuestión a la periodista Mercedes Milá:

—Creo sinceramente que nadie puede dar lecciones de nada. En todo caso, los que más pueden gritar, los que más

desesperados están, son los que están más cerca de los enfermos. O sea, los médicos y las enfermeras. Esos pueden decir lo que quieran, pero los demás vamos todos a ciegas. Aunque a veces piensas que esto se podía haber previsto con las informaciones que había... ¡Quizás sí! Pero tengo una actitud como de prudencia al juicio.

¿Por qué nos costó reaccionar a un virus que desde enero sabíamos que estaba avanzando en China? La corresponsal de *El País* en Pekín, Macarena Vidal Liy, nos contó que tampoco entendía la pasividad en España durante las primeras semanas de marzo.

—Me daba angustia y rabia. Y decías: ¿pero cómo es posible que, habiendo visto lo que está pasando aquí, en China, donde todo

el país ha sido capaz de paralizar completamente lo que más les importa, que es su economía..., cómo es posible que eso no persuada a la gente de que lo que viene es terrible? Y yo me preguntaba: ¿cómo podemos contarlo? ¿Cómo podemos expresarlo? ¿Por qué no nos creéis? Es que yo no conseguía ni que mi familia me hiciera caso.

El corresponsal de *El País* Enric González, que participaba en el debate a tres desde Buenos Aires, alertó sobre nuestra condición humana:

—Hay una primera reacción que es: «Bueno, son cosas chinas». Y la segunda explicación es que hay que comparar-

«Me daba angustia y rabia. Y decías: ¿pero cómo es posible que, habiendo visto lo que está pasando aquí, en China [...], eso no persuada a la gente de que lo que viene es terrible?»

lo con un médico que te dice: «Córtese la pierna, hay que amputar». «Oiga, doctor, que me encuentre perfectamente, ¿cómo voy a amputar así?» No vas a pensar que tienes que cortarte la pierna hasta que te duela mucho. El humano es así. No escarmienta en cabeza ajena. Tiene que sufrir para tomar decisiones que son muy difíciles.

Juan José Millás, el temor al miedo anticipativo

Quien lo supo expresar mejor fue el escritor Juan José Millás que, pese a padecer el síndrome del miedo anticipativo, no fue capaz de prever lo que se nos venía encima.

—Juanjo, ¿qué es lo que más te ha sorprendido de lo que nos está pasando?

—Lo inesperado. Yo sufro mucho por los miedos anticipativos. Catástrofes que se me ocurren, catástrofes de orden familiar, personal, colectivo, que no pasan. Y, sin embargo, entre todos esos miedos anticipativos, jamás pasó por mi cabeza la idea de una pandemia. Este es quizás el suceso más grave a nivel colectivo que yo he vivido en mis setenta y cuatro años de vida. Lo vi en el cine, en la ciencia ficción, pero jamás se me ocurrió que pudiera pasar en la realidad. ¡Cómo sufrimos por cosas que imaginamos y no ocurren, y cómo descuidamos lo que pueda ocurrir! Que a mí no se me ocurra es normal, yo soy un ignorante, pero hay mucha gente sabia a quien esto de la pandemia se le podía haber ocurrido. Y seguramente se le ocurrió, y no le hicieron caso, igual que con el calentamiento global, que lo dice gente muy sabia y no está en las prioridades de los políticos.

—Me he sentido identificado con eso del miedo anticipativo. Recuerdo que tenía cinco años cuando se anunció la caída del satélite Skylab en la Tierra (1979) y yo salía de mi casa convencido de que caería en Cornellá.

—Es propio de comportamientos obsesivos. Yo soy un imaginador de catástrofes. Cuando hay un niño corriendo por la casa, pienso en los dedos que se pueden pillar en las puertas, en los enchufes...

Millás pensaba que la pandemia tenía el *copyright* de un guionista enfermizo que va graduando el suspense hasta que la situación es insostenible:

—Todo ha sucedido con el temperamento con el que una mente creativa se imagina una catástrofe. Primero, el monstruo estaba lejos, después era solo una gripe que, además, solamente mataba a los viejos... Era tremendo, pero se decía así, e incluso a mí, que soy viejo, me tranquilizaba. Poco a poco, hasta la situación de hoy, que nos hemos despertado con un colapso en los hospitales y una debacle económica tremenda. Tiene las características de algo que está imaginando una mente obsesiva, que empieza con poco, pero la catástrofe va aumentando y convirtiéndose en una bola de nieve, hasta que no puedes más y te tomas un Valium.

Me fascinan los artículos de prensa de Millás y también los diálogos que mantiene con Javier del Pino en el *A vivir*

«Que a mí no se me ocurra es normal, yo soy un ignorante, pero hay mucha gente sabia a quien esto de la pandemia se le podía haber ocurrido. Y seguramente se le ocurrió, y no le hicieron caso.»

que son dos días de la Ser. Me fascinan porque a Millás la creatividad le fluye y parece que habla desde un lugar distinto, que le permite una mirada distinta, como si viviera en una colina donde la perspectiva es diferente a la que tenemos el resto. Y además suele romper con todo, incluso con la manera de dar entrevistas.

—Jordi, me siento mejor cuando hablo con alguien por teléfono que cuando me conecto por videollamada. Creo que la imagen tiene un punto algo siniestro y algo incómodo. No sabes muy bien cómo actuar.

—¿Quieres que te llame por teléfono?

Y dicho y hecho. Llamé a Millás y provocamos una situación absurda, con un punto surrealista: una entrevista radiofónica en un programa de televisión. Y así se nos puede observar a los dos, ajenos al objetivo de la cámara del Skype, realizando las típicas cosas que hacemos cuando hablamos despreocupados por el móvil. Él se puso de perfil para mirar hacia su extensa biblioteca y yo caminé por el comedor, que es lo que suelo hacer cuando estoy al teléfono.

—¿Y tú cómo te encuentras?

—En lo personal me encuentro bien, pero estoy bastante agobiado por las noticias. Hoy me he despertado escuchando en la radio que el colapso de los hospitales es ya tremendo. Me agobia mucho esta idea de enfermos sin atender, porque es una situación muy medieval. Y las previsiones catastróficas acerca de la debacle económica que esto supone. No quisiera arruinarte el día...

—Joder, pues la verdad es que lo estás consiguiendo un poco... Vamos a ver si remontamos. Hace poco leí un ar-

título donde dabas los buenos días a mucha gente de distintas profesiones. ¿A quién te gustaría saludar cara a cara estos días?

—A tantísima gente. A tantos amigos que hace tiempo que no veo. Los primeros, a mis hijos y a mis nietos. Todos los domingos venían a comer a casa mi hijo mayor, mi nuera y mis dos nietos. Y era una fiesta cuando, en torno a la una del mediodía, sonaba el timbre y entraban corriendo por el jardín para lanzarse a nuestros brazos, porque son unos críos muy alegres. Pues esa escena me parece una escena de otra vida, una escena que casi he soñado.

—Se está hablando mucho de la gente que canta en los balcones y que sale a aplaudir, pero se habla poco de los balcones que están sirviendo también para delatar, para señalar al que está infringiendo la norma, y a veces son padres de niños autistas que no tienen más remedio que salir a la calle para que sus hijos cumplan, al menos, las rutinas.

—Esto es tremendo. Esto son los policías espontáneos que a mí siempre me han dado pánico. Ese personaje que está asomado al balcón para ver si ve pasar a alguien por la calle, para insultarle y para gritarle, es un personaje que afortunadamente no abunda, pero que es terrorífico. Estos días también hemos visto algún tuit de gente que hablaba de malas experiencias con la policía. Yo creo que la norma se está cumpliendo, tú te asomas a las calles y las calles están vacías.

—Hay un momento del día en que se dicen las cifras de muertos y estamos todos como encogidos antes de escucharlas. Y no sé si estamos teniendo en cuenta el factor humano que hay detrás de estas cifras...

—No, porque nos acostumbramos al horror. Cosas por las que hace un mes nos habríamos echado las manos a la cabeza, ahora las vivimos con normalidad. Esto es asombroso. Una de las cosas que en esta situación llama la atención es la añoranza que tenemos de la normalidad, de que los nietos y los hijos vengan a casa a comer. No somos cons-

«No somos conscientes de que la normalidad es un invento portentoso. Porque la normalidad permite la diferencia, podemos ser diferentes gracias a que estamos instalados en una normalidad. Cuando pase esto, hay que hacer un gran monumento a la normalidad que inaugure el jefe del Estado.»

cientes de que la normalidad es un invento portentoso. Porque la normalidad permite la diferencia, podemos ser diferentes gracias a que estamos instalados en una normalidad. Cuando pase esto, hay que hacer un gran monumento a la normalidad que inaugure el jefe del Estado.

—Ja, ja, ja... Al final me has hecho reír.

—Claro, en esta situación no me dejan ser anormal, que es mi vocación.

Además de miedos anticipativos, Millás y yo también compartimos la afición por el sofrito. Él, en su calidad de experto en corte de cebolla en juliana. Yo, sin maestría alguna, busco que todo el piso quede impregnado de ese olor a sofrito, que me invita a arrancar el cuscurro de una barra de pan y mojarlo directamente en la sartén.

—Siempre dices que cuando tienes ansiedad lo que más te relaja es hacer un sofrito.

—El sofrito es otro de los grandes inventos. Digo que es ansiolítico porque exige mucha concentración, por lo menos tal y como yo lo hago. Yo parto el puerro muy finito, corto la cebolla, chas, chas, chas. Y a los diez minutos de estar haciendo un sofrito ya me he evadido. Es una actividad zen.

—¿Qué vas a hacer el primer día que salgas?

—Pues yo creo que el primer día que salga no saldré. El primer día que salga invitaré a la gente a que venga a comer a casa. Me reservaré. Soy mucho de reservarme los placeres. No soy partidario de la eyaculación precoz. Creo que cuando me digan que ya puedo salir les diré: «Espérate, que lo voy a saborear primero veinticuatro horas, que salgan los demás». Vivimos en un mundo en el que casi no hay espacio entre el deseo y la consecución del objeto. Lo queremos todo ya. La espera en la vida es fundamental. El primer día que pueda salir no voy a salir, voy a salir el segundo. Y el primero voy a imaginar lo que voy a hacer cuando salga.

—Juanjo, gracias por hacernos mirar desde donde tú miras.

—Que tengas un buen día, Jordi.

Cuando les hablaba de terapia de grupo, me refería a conversaciones como esta que nos regaló Millás, capaz de convertir una charla telefónica retransmitida por televisión en una reflexión profunda sobre un momento histórico que costaba comprender.

«El primer día que pueda salir no voy a salir, voy a salir el segundo. Y el primero voy a imaginar lo que voy a hacer cuando salga.»

Cuando fuimos ciegos

Tal y como sugiere Millás, yo me reconozco víctima de ese guionista perverso que planificaba secuencia a secuencia la pandemia. Y eso que la primera vez que escuché hablar de la extraña neumonía que afectaba a China a finales de diciembre levanté la ceja. «¿Qué es esto?» Pero reconozco que después, en los meses de enero y febrero, mis sentidos se relajaron también debido a que los mensajes que emitían las autoridades llamaban constantemente a la tranquilidad: «Es como una gripe estacional», «en China solo mueren ancianos con patologías previas», «cada año la gripe en España provoca muchas más víctimas», «la Organización Mundial de la Salud advierte de que no es necesaria ninguna mascarilla»...

De hecho, durante el avance de la pandemia estuve viajando por todo el país en aviones, trenes, incluso en autocar, y en ningún momento sentí la necesidad de protegerme. Fue un tiempo de ceguera, como bien definió Carlos Alsina en *Cuando fuimos ciegos* (mayo de 2020), un espacio retrospectivo sobre el coronavirus que realizó en su programa de Onda Cero. Por ejemplo, cuando se produce la primera muerte en China, el 9 de enero, el equipo de *Lo de Évole* rueda en Zaragoza una entrevista con el exboxeador Alfredo Evangelista para el programa centrado en la figura de Jesús Quintero. Un mes después, mientras se confirma el segundo caso de coronavirus en España, en Palma de Mallorca, nosotros estamos emitiendo la entrevista con Oriol Junqueras en la prisión de Lledoners. El 29 de febrero, cuando ya hay cincuenta casos diagnosticados oficialmente

en España, entramos a grabar sin ninguna aprensión en la prisión de mujeres de Wad-Ras en Barcelona. Es más, cuando leo en el tablón de anuncios de la cárcel las medidas de seguridad previstas pienso, sinceramente, que son exageradas.

¿Cuándo cambió todo? ¿Cuándo cambié el chip y me di cuenta de que la cosa iba en serio? El jueves 12 de marzo, solo dos días antes de que se decretase el estado de alarma. Hasta ese día fui inmune a todas las advertencias y consejos. Y eso que, en la reunión de redacción del día anterior, el codirector del programa, Juanlu de Paolis, sugirió que, si nouviésemos el corsé de la serie de cárceles, nos estaríamos planteando un programa sobre el coronavirus. «Me da la sensación de que va a suceder lo mismo que está pasando en los programas de televisión italianos y que debemos ir por ahí.» Aquellos días, tener cerca a un italiano —De Paolis lo es— era vivir en el futuro. Me fui para casa con esa frase rondándome por la cabeza. Y por si fuera poco, me levanté por la mañana con un mensaje del subdirector del programa, Màrius Sánchez, que andaba haciendo gestiones que no vienen al caso fuera de España: «Igual tenemos que hacernos a la idea de que terminaremos haciendo programas desde casa». Pero yo seguía teniendo entre ceja y ceja que ese mismo fin de semana al equipo de *Lo de Évole* le aguardaba una cita muy importante en Elche.

Mientras, a mi alrededor, las señales de que todo estaba a punto de estallar eran cada vez más evidentes, incluso en Producciones del Barrio. Ese mismo jueves nuestra jefa de producción, Leire Larisgoitia, de acuerdo con el departamento de recursos humanos, había decidido que por moti-

vos de seguridad todos los redactores deberían trabajar desde casa. Por otro lado, la Generalitat de Cataluña acababa de anunciar que al día siguiente suspendería las clases y cerraría los colegios. Todo mi paisaje habitual estaba adquiriendo como un aire irreal.

Había quedado para comer con el periodista de *La Vanguardia* Joanjo Pallás y con el escritor Carlos Zanón, y según bajaba hacia el restaurante noté algo extraño en las calles de Barcelona. El tráfico había disminuido y la gente caminaba como rara, abstraída, con el gesto ausente. La ola se iba acercando, pero nos resistíamos a suspender nuestras rutinas, esa normalidad que tantas veces detestamos, y a la que Millás pocas semanas después le habría puesto un monumento.

Entrar en el restaurante fue como entrar en una burbuja. Estaba a rebosar de comensales, como si fuera una cápsula de otro lugar, ajena a la ola del tsunami que estaba a punto de engullirnos. Y los tres disfrutamos del almuerzo con la plena consciencia de que quizás aquel sería nuestro último acto social en mucho tiempo.

Entrar en el restaurante fue como entrar en una burbuja. Estaba a rebosar de comensales, como si fuera una cápsula de otro lugar, ajena a la ola del tsunami que estaba a punto de engullirnos.

Cuando regresé a la redacción para preparar el viaje a Elche, me encontré con un conato de rebelión por parte del equipo que tenía que grabar el capítulo.

—Jordi, con la que está cayendo, ¿quieres decir que tenemos que ir tres

días a grabar? Además, acaban de decir que los vuelos en avión no son seguros...

—Pero podemos bajar todos en una furgoneta...

Intentaba convencerlos a la desesperada. Teníamos a todos los personajes ya citados, con unas historias vitales buenísimas, que iban a explicarnos lo que supone sufrir una enfermedad mental estando en prisión. Un temazo. Pero es que además estaba obcecado por acabar la serie de cárceles. Reconozco que me había autoimpuesto una enorme presión. Era la primera temporada de *Lo de Évole*, un proyecto que justo empezaba a andar y que había que cuidar. Teníamos que rematar la primera temporada, tan apasionante como difícil.

—Bajamos a Elche, lo grabamos y ya lo tenemos hecho. Solo nos queda este capítulo para acabar la serie. ¿Cómo lo vamos a dejar ahora que ya lo tenemos a puntito?

Aceptaron a regañadientes, pero mientras yo salía de la reunión, un clic se produjo en alguna parte de mi cabeza. «Quizás no estoy siendo justo, quizás tengan razón.» Y reaccioné. Me acerqué hasta la mesa de Juanlu de Paolis y le dije que no íbamos a Elche, y que todo el equipo de la productora, tanto el de *Lo de Évole* como el de *Salvados*, se pusiese a pensar en un programa exprés.

Debo reconocer que no supe verlo a tiempo y que mis compañeros de realización, redacción y producción fueron mucho más visionarios, cautos y sensatos. Este es el whatsapp que envié a todo el equipo el 12 de marzo:

Compañeros y compañeras. Hemos anulado la grabación de Elche. Y hemos decidido dedicar un programa, con un enfoque todavía por decidir, al coronavirus. Hemos considerado que, a pesar de que se salga de la temática carcelaria, ante lo excepcional de las circunstancias, los espectadores lo entenderán. Seguro que sabremos entre todos encontrar un enfoque original que nos permita encararlo de otra manera. Mañana empezaremos a trabajar en ello.
¡Gracias!

20:01

Y efectivamente, al día siguiente, viernes 13, empezamos a trabajar y la primera decisión fue integrar a los periodistas de los dos programas en una redacción única para confeccionar el especial que debía estar en el aire el domingo 15. La subdirectora de *Salvados*, Laura Gimeno, tenía ya varias ideas: «Silvia [Merino] me había enviado el jueves un documento llamado *Salvados por el Skype* como formato para un especial sobre coronavirus, y también el realizador, Román [Parrado], había presentado una propuesta similar basada en entrevistas por videollamada». En el equipo de realización de *Lo de Évole*, encabezado por Marc González y Lluís Galter, también se pensaba en esa dirección, con el añadido de buscar una fórmula que se diferenciase del resto de los programas. Fue en ese momento cuando empecé a escuchar un concepto que le daría una gran singularidad al formato: «Transiciones imaginativas». No tenía ni idea de lo que les rondaba por la cabeza, pero, viniendo del equipo de realización, sabía que no defraudaría.

En la reunión técnica que se organizó después de la de contenidos se vio claro que no llegábamos a tiempo para el domingo. El reto era de tal calibre que lo mejor que podíamos hacer era emitir el día 15 la entrevista con Marcial Dorado, el narco gallego amigo de Alberto Núñez Feijóo, que

habíamos grabado unas semanas antes durante uno de sus permisos carcelarios. De tal manera que el primer especial sobre coronavirus sería el 22 de marzo. Al acabar esa reunión los subdirectores de los dos programas, Pablo Ruiz, Màrius Sánchez y la citada Laura, envían un *mail* a todos los periodistas que ya teletrabajaban para que iniciaran la búsqueda de personajes a los que entrevistar.

La situación y los objetivos se iban clarificando, pero mi desasosiego aumentaba conforme avanzaba la tarde del viernes. Primero, porque viví en directo una reacción de pánico en un supermercado tras el anuncio de Pedro Sánchez de que al día siguiente decretaría el estado de alarma. Y segundo, porque no pude separarme de la televisión, totalmente enganchado al aluvión de noticias. El monotema lo aplastaba absolutamente todo. No tiene ningún sentido emitir el domingo una entrevista a Marcial Dorado. Estamos en medio de un acontecimiento histórico. Y no podemos esperar diez días para empezar a narrarlo. El mismo que no vio venir la ola, o sea yo, ahora tiene prisa. El sábado 14 de marzo a primera hora de la mañana les escribí:

Oye, llamadme loco, pero de verdad que con el sistema que estamos pensando para el programa de coronavirus, que es sencillo, ¿no podríamos hacer un programa exprés para mañana? Lo digo en serio. No necesitamos que sea perfecto a ningún nivel. ¡Solo importará que lo hagamos! Que se vea nuestra capacidad de reacción. Tenemos mil contactos a los que llamar. Gente que nos puede decir muchas cosas guapas. Creo que el domingo que viene estará también muy bien. Pero si encontrásemos la manera de hacerlo para mañana... ¡¡¡sería la hostia!!! No tengo ni idea de qué requiere a nivel técnico. Si es imposible me lo decís. Pero creo que con un equipo mínimo currando juntos lo podríamos lograr. ¿Cómo lo veis?

09:32

Es un programa que busca ayudar... con muy buenas intenciones... Seguro que el equipo de redacción ya tiene una lista de posibles invitados a los que llamar...

09:36

Y que, si creéis que estoy loco, que no se puede hacer, *cap problema!* Que lo entenderé. Pero tenía que decirlo.

09:37

A lo que la jefa de producción del programa, Sandra Olsina, responde:

Bon diaaaaa! Hombre, sería un puntazo, la verdad. A nivel de redacción deberíamos valorar si es viable. A nivel técnico propiamente de la grabación Marc [González] lo tiene más controlado, pero yo lo veo muy justo por los procesos de sonido y color para llegar al máster. No creo que llegásemos a entregar. Debería por otro lado chequear horas límite de entrega.

09:37

Si queréis hago la consulta y valoramos todo.

09:38

Y yo tecleo velozmente, como si me llevarsen mil demonios:

Es que este programa no debería pasar por esos filtros de sonido y color...

09:37

Es un programa hecho en estado de alarma.

09:37

Convocamos una videorreunión del equipo de dirección para las doce del mediodía, para ver si lograba convencerlos.

—Creo que, con siete personajes grabados en sus casas, cada uno con un rol diferente, podríamos llegar para mañana. Siete personajes a ocho minutos por entrevista...

No lo conseguí. Todos me hicieron ver que emitir el domingo, cuando a esa hora del sábado no teníamos ni un minuto grabado era una temeridad. Aun así, se decide poner en marcha el operativo técnico y a las tres de la tarde llegan a mi domicilio el director técnico de la productora, Iñaki Sanz, y el jefe de realización, Marc González, para instalarme un ordenador que disponía de una cámara con una buena calidad de óptica. Marc e Iñaki montan el armatoste en la mesa del comedor y son ellos los primeros que testan las videollamadas. En un principio, se utiliza el móvil de Iñaki como cámara auxiliar, pero tras las pruebas del sábado se descarta, porque es un sistema engorroso y poco práctico. Y también son ellos los que deciden, probando diferentes tiros de cámara, que para tener mayor profundidad de campo es mejor colocar la pantalla frente a la cocina americana. Y ese tiro se convierte, sin querer, en la imagen icónica del programa: un tío que entrevista al papa Francisco, a Rosalía y a Joaquín Sabina con dos trapos de cocina colgados del asa del horno donde se calientan las *pizzas* y el *provolone*.

Una de las primeras entrevistas-prueba que, además, apareció en el primer programa se la hacemos a mis padres a los que llamo por teléfono:

—Papá, ¿cómo estáis?

—Bien, ¿y tú?

—Aquí, en casa. Estamos grabando cosas, estamos haciendo conexiones vía internet con gente relacionada con el tema del coronavirus. Todo muy precario, pero para intentar recoger lo que está pasando.

—¿Irás a trabajar el lunes?

—¡No! Me voy a quedar en casa.

—Pues sí que te lo has tomado en serio, tú —añadió mi padre, como si todavía no fuera consciente de la magnitud de la tragedia.

—Pero si está diciendo todo el mundo que hay que quedarse en casa. Además, ya me han montado el chiringuito en el comedor para poder grabar.

Mi padre le da el relevo del aparato a mi madre, que me desconcierta con la que es una de sus preocupaciones en esos momentos:

—Mañana iré a misa.

—Pero, mamá, ¿qué necesidad hay de ir a misa? Si la dan por la tele...

—Es verdad, en La 2.

—Aparte te digo una cosa, que han suspendido las misas. Se puede ir a la iglesia, pero no hay misas.

Aquella anécdota de las misas dominicales me servirá después como tema de conversación con el papa Francisco (véase el capítulo dedicado al pontífice). La secuencia con mis padres me había gustado por el tono y por la naturalidad, sobre todo de ellos. Pero debo reconocer que empiezo a entusiasarme cuando entrevisto a los médicos Belén Padilla y Jorge Abril (véase el capítulo dedicado a los sanitarios). Ahí descubro que el formato tiene muchas posibilidades y que la llamada a distancia genera un clima íntimo de una manera muy inmediata. Cuesta mucho más crear ese ambiente cuando montas el set en casa de alguien, ya que el invitado no para de pensar que tiene tres cámaras enfocándole. Y en cambio ahora entrevistador y entrevistado enseñada nos sentíamos como en casa (¡nunca mejor dicho!) y

eso nos hacía estar muy cómodos. Esta constatación provocó que me envalentonara todavía más y estuviera toda la tarde comiéndole el tarro a Marc e Iñaki: «Pero ¿de verdad no llegamos para mañana? ¿De verdad?». Y ellos me contestaban con hartazgo: «Jordi, ¡que no! ¡Que no!». Tengo que advertir que soy muy terco y cuando algo se me mete entre ceja y ceja... Y mi obsesión aumentó todavía más tras la secuencia que grabamos a las diez de la noche con el cantante Alfred.

Alfred, confinado en el lado agradable de la vida

Alfred García fue, en cierta manera, nuestro conejillo de Indias de aquel primer sábado de pruebas. No tengo más que palabras de agradecimiento por su paciencia y amabilidad ante un equipo que le pedía constantemente cambios, porque todavía no sabíamos cuál era la mejor calidad de audio, ni si la imagen de Skype podía ser HD, ni si la conexión de wifi petaría... Como resultado de ese desbarajuste, tuvimos que repetir su entrevista tres veces, y en las tres Alfred estuvo atento, disciplinado y contestó las preguntas con la misma espontaneidad que si lo hiciera por primera vez.

—¿Dónde estás ahora?

—En casa de mis padres, en El Prat.

—¿Tú eres de vivir bien confinado o lo pasas muy mal porque echas de menos la calle?

—Yo vivo mejor en libertad. Necesito estar en la calle para ver qué pasa. En casa poco te puedes inspirar, aunque una situación así da para varias pelis y para varios discos.

—¿Ya te ha inspirado el confinamiento?

—Sí. De hecho, he compuesto una canción sobre esto, pero dándole un toque más romántico. Tiene el nombre de una película de hace unos cuantos años, *Solo en casa*, que protagonizó Macaulay Culkin. Me estoy volviendo un poco Macaulay Culkin aquí en casa haciendo trastadas.

Alfred pronunció el nombre del actor con un acento anglófono que no había escuchado antes.

—Nunca había visto a nadie pronunciar tan bien el nombre de ese actor que yo no voy a decir, porque tú lo has dicho de maravilla...

—Lo dirías igual porque el acento es del Llobregat.

—¡Ja, ja, ja! No, ese acento no es del Llobregat, perdona —contesto mientras niego con el dedo, porque no es ese el acento mayoritario en las calles de Cornellá—. ¿Cuántas veces te has lavado las manos hoy?

—Yo es que me ducho muchísimas veces. Tres veces, a veces cuatro si es verano... Lo mío es un poco raro.

—Eso es un TOC [trastorno obsesivo compulsivo] como una casa.

—Es un TOC, sí, sí. Conozco a otro amigo mío que también lo tiene. No te voy a decir quién es, pero también es músico.

—¿Has cenado?

—He cenado hace un rato y ahora estaba haciendo una conexión con México porque tenía unas cosas que hacer allí estos días y, obviamente, lo he tenido que cancelar.

—¿Te está afectando mucho la pandemia a nivel profesional?

—Yo, gracias a Dios, tuve una visión, no sé por qué, y

dije que este año no quería hacer conciertos ni sacar música por una cuestión personal. A mí no me está afectando, pero sí a muchos amigos y compañeros de la profesión que han tenido que cancelar giras. Y se ha calculado que esto va a tener un impacto de más de tres mil millones de euros aquí en España.

—Alfred, tú tienes muchos seguidores jóvenes, ¿qué tienen que hacer estos días, aunque sepan que no son población de riesgo?

—Si eres joven, hay que tener una cosa muy clara: podemos pegar esta enfermedad, este virus, a una persona que sea mayor o que tenga problemas graves de salud y empeorarla. Si para prevenir eso, hemos de hacer algo tan simple como quedarnos en casa y no hay otra forma de hacerlo que esa, pues es fácil.

—¿Te puedo pedir una canción, como en la radio, y tú me la cantas? Querría *El lado más bestia de la vida*.

Alfred asintió y agarró su guitarra eléctrica, tocó los primeros acordes e interpretó magistralmente el *Walk on the wild side* de Lou Reed, en versión de Albert Pla. Lo que no pudimos ver por un problema de sonido en la primera grabación fue un momento mágico que ocurrió sobre las diez de la noche.

—Jordi, ¿no oyes? Aquí en mi calle se escuchan aplausos...

Si recordáis, el primer aplauso a los sanitarios se programó a las diez de la noche del sábado 14 de marzo y no a las ocho, como ocurriría en los días posteriores. Rápidamente, le pedí a Alfred que saliera con el iPad a su balcón para recoger ese instante, y allí captó a todos sus vecinos aplau-

diendo emocionados, y hasta pudimos conversar con su vecina más cercana, María José. Poder disfrutar de aquella escena me envalentonó todavía más: «¿Habéis visto? Ha sido un momento excepcional. ¡Intentémoslo! ¿Por qué no podemos emitir mañana domingo?». Y Marc e Iñaki, aburridos ya de mí, y con buen criterio, concluyeron: «¡Jordi, que no! Vamos a esperar una semana y salgamos bien, salgamos con todo bien armado».

Y tenían razón.

Primero, porque el sistema de grabación de aquel sábado era rudimentario y obligaba a que dos personas estuviesen constantemente en mi piso, y eso atentaba contra las medidas de seguridad de la pandemia. Marc González ideó al día siguiente un sistema más ágil con el que todas las entrevistas se grabarían remotamente desde los ordenadores caseros de aquellos miembros del equipo que tuvieran una mejor velocidad de conexión. Y los elegidos fueron el técnico de sonido David Mata y la ayudante de realización Laia Vidal. Desde sus casas se distribuirían los vídeos a los redactores, montadores y realizadores para ser editados y compactados. No hubo necesidad de que nadie saliese para ir a trabajar y aprendimos a entrevistar, a grabar, a editar, a sonorizar, a posproducir..., con las cuarenta y siete personas del equipo confinadas.

Segundo, porque al final no hubo programa de *Lo de Évole* el domingo 15 de marzo. La entrevista a Marcial Dorado saltó, como no podía ser de otra manera, por la retransmisión en directo en La Sexta de la comparecencia de los ministros de Sanidad, Defensa, Interior y Transportes, que duró casi una hora y media. Debo reconocer que eso me causó cierto alivio.